



¡¡ TRAIADORES!!

Sabemos de muchas personas que nunca leían el principal órgano que en la prensa diaria tiene hoy la Compañía de Jesús en España, que es «El Debate», de Madrid, y ahora le buscan para ver cómo se desenvuelve el imponderable—imponderable es lo que no tiene peso—ingenio de Armando Guerra. Y dicen que este profeta de trogloditas está insuperable.

¿Qué cosas se oye a los que no hace todavía cuatro meses auguraban que Alemania vendría a meternos en cintura a los que llamaban malos españoles! Uno de ellos decía el otro día refiriéndose al kaiser y sus servidores y súbditos: «Cochinos! ¡nos han hecho traición! ¡nos han vendido!» Y otro más moderado: «Nos han engañado; han abusado de nuestra buena fe; nos prometieron la victoria...» Y no pudimos menos de replicarle: «¿Su buena fe? ¿Y qué victoria es esa que les prometieron?» Porque no se refería a la victoria de Alemania, sino a la de ellos, a la de nuestros trogloditas.

A la inmensa mayoría de los germanófilos españoles teniales sin cuidado la victoria de Alemania. Más anhelaban el aplastamiento de Francia e Inglaterra; sobre todo el de ésta. ¿Por lo de Gibraltar? No; de Gibraltar les tenía también sin cuidado. Y si ahora, como resultado de la Conferencia de la paz y de la Liga de las naciones y de eso que han dado en llamar la libertad de los mares—que no sabemos que estuvieran apresados antes—se le reintegrara Gibraltar a España de buen grado de Inglaterra y no por presión germánica, ya veríamos cómo rabiaban y se desesperaban esos energúmenos. No respiran más que malas pasiones.

¡Y hay que presenciar y oír otros desahogos de esta pobre gente! ¿Se acuerdan ustedes lo que hace veinte años y aun menos decían de los tocineros de los Estados Unidos y cómo se hartaban de insultarlos y escarnecerlos? Pues ahora esos son sus salvadores. «Wilson, Wilson—dicen algunos de ellos—es el que les va a poner las peras a cuarto a los aliados!» La intervención yanqui en Cuba fué, según esta gente, una infamia; pero esta intervención en Europa va a resultar providencial.

¡Y las cosas del amenísimo Vázquez de Mella, profeta no menos imponderable que Armando Guerra y excelso teólogo para nuestros curas de misa y olla que apenas si han logrado entender el Perronnel! El enorme tribuno barroco profetizó no hace mucho que los Estados Unidos se quedarían con buena presa de Europa y que el Mediterráneo se convertiría en un lago norteamericano. El enorme tribuno tiene una imaginación pobre, muy pobre—las palabras no son imágenes—apenas logra

más que amontonar imágenes y metáforas del común acervo, lugares comunes retóricos y de los más sobados; pero esa imaginación pobre se ejerce en lo más teatral. Tiene de la historia una concepción tramoyística y puramente medieval. Y su divina comedia no es la «Divina Comedia» del Dante ni mucho menos. Más bien diríamos que es el sainete teológico. Y ni el sainete es comedia ni lo teológico es divino.

Por supuesto que una de las cosas que se les escapa a alguno de estos señores es lo del poder temporal del Papa. En la Conferencia de la paz no se le proclamará a Benedicto—¿por qué no Benito?—XV rey de Roma. Este es un sueño que se desvanece como el de la Mittel Europa; como el del camino germánico, puramente germánico, de Berlín al Golfo Pérsico; como el de la germanización de la India. No; no hay ya Papa-Rey. El Papa tiene que resignarse a exclamar, suspirando, aquellas palabras de Aquel a quien dice representar en la Tierra: «Mi reino no es de este mundo!» ¡Y menos mal que sea de otro!...

Y hay que insistir en esto. Las cuestiones eclesiásticas, y hasta las religiosas, van a volver a encenderse y a encresparse. Eso de que luego de hecha la paz los problemas económicos lo absorban todo, párecenos una ilusión muy engañosa. Si el socialismo sale de esta guerra en crisis, en no menor crisis sale el catolicismo. Y en rigor toda ortodoxia.

Las ortodoxias se entienden entre sí. Los católicos españoles, germanófilos en su inmensa mayoría, no veían en el kaiser más que al jefe de una ortodoxia, o de dos más bien, al pontífice del luteranismo ortodoxo y al emperador del militarismo ortodoxo. El militarismo germánico era para ellos una ortodoxia, con sus dogmas, con su jerarquía, con su disciplina, con su liturgia. Por ortodoxismo eran kaiseristas. Su odio era la herejía, cualquier herejía. Y ven que la herejía, la herejía genérica, el hereticismo va a triunfar. Los pueblos van a tener que buscarse y crearse, no sólo gobierno, sino también fe y credo; no los que les den cuatro cachicanes, sino los que ellos se forjan. La democracia llegará a lo más íntimo.

Todo esto no lo ven claro esos energúmenos de la ortodoxia, esos desgraciados que huyen de tener que hacerse una fe y un credo en vez de arrastrarse bajo el peso de los ya hechos y petrificados; pero sin verlo claro lo adivinan, prevén días de libertad y le tienen un miedo cerval a la libertad que obliga a buscarse por sí camino. Y por esto apretando los dientes murmuran algunos de ellos: «Cochinos! ¡nos han hecho traición! ¡nos han vendido! ¡nos han engañado! ¡traidores!» ¡Ay, amigos, es preciso aprender a hacerse libre!

Miguel de UNAMUNO.